

de vibraciones históricas. Alcanza al pasado y al futuro. Hace revivir lo inédito de la creación como si del primer instante se tratara. Con similiar sentido empleaban la imagen los surrealistas: repetir la creación como nueva. Valle induce a pensar en un gusto de la creación misma, que es atemporal, por tanto siempre fresca. Así participa el hombre de lo divino.

Con estas consideraciones se acerca Valle a una larga síntesis filosófica que retrocede desde Eckhart —*scintilla animae*—, Avicena y San Alberto Magno —*imago*—, hasta San Agustín y los neoplatónicos. La luz será símbolo de la visión unitiva o del chispazo azaroso que encierra, en un átomo de amor, todo el contenido energético de la eternidad creadora.

Lenguaje y conocimiento participan también de esta síntesis. Desarrolla Valle sus intuiciones y herencias lingüísticas en la sección titulada «El Milagro Musical».

Compara el sistema lingüístico con otro «de larvas, de formas embrionarias, de matrices frías». Yacen hibernadas en el fondo de la conciencia hasta que, al contacto del mundo con los sentidos, se desperezan, se asocian entre sí, y con su despertar amanecen las flores de luz empantanadas en los limos de la sombra. Arrastran consigo las imágenes adheridas y otras que al paso irrumpen.

El paralelo con Bécquer parece asignable. Cuando éste habla de las mil ideas removidas alude al carácter ergativo del pensamiento y del lenguaje. El poeta ha de conseguir la forma de ese proceso. De manera similar, la palabra-lengua sirve en Valle de acicate para despertar en nosotros lo dormido: una emoción subyacente, larvada. El poeta no crea. Descubre. Abre al ser. Lo abierto es la emoción. «Lo que no está en nosotros larvado o consciente, jamás nos lo darán palabras ajenas». Esa larva es el individuo, lo hermético, intraducible e intransferible. Y en esta imposibilidad de organizar lo propio surge la poesía. Entonces la palabra será el dominio de la creación. «Yo lo sé, y, sin embargo, aspiro a exprimirlo dando a las palabras sobre el valor que todos le conceden, y sin contradecirlo, un valor emotivo engendrado por mí».

En este «valor que todos le conceden» a la palabra vemos hoy, con Saussure, el aspecto *langue* del lenguaje. A su vez, en el «valor emotivo engendrado por mí» percibimos, no ya la *parole* de uso instrumental, sino la referencia autónoma del lenguaje o estadio poético.

Este enfoque lo sostienen también A. Machado, a través de su heterónimo Juan de Mairena, y J. Ramón Jiménez. Como ellos, Valle continúa el rastro de la intuición transferible en las emociones del lenguaje. Por ser creación colectiva, la palabra no encierra lo peculiar de uno. «Esta razón de diferencia es el sentimiento de nuestra responsabilidad, el enigma que nunca puede cifrarse en signo y en voces».

Su correlato lingüístico tampoco coincide exactamente con la *parole* de Saussure. Valle lo atribuye al tono de la voz, que se opone al significado propio de la palabra. Es el suprasegmento y no el segmento el significado de la poesía. Atiende, como Nietzsche y A. Machado, a la vida y no a la razón, a la voz más que al sema. Lo común del idioma es soporte, todo más ocasión de forma y principio. El significado

de la lógica despierta, vaciándose de sí mismo, el suprasignificado de la vida encelada. «La suprema belleza de las palabras sólo se revela, perdido el significado con que nacen, en el goce de su esencia musical, cuando la voz humana, por la virtud del tono, vuelve a infundirles toda su ideología». Este significado es para la lingüística subliminal, pero para el poeta, como para el filósofo nietzschiano, contiene la vida profunda. En los efectos musicales larvados de Valle intuimos, después de Platón, la música reconciliadora de Schopenhauer.

La revelación de lo oculto se obtiene en la música del lenguaje o más bien en la evocación por ella producida. En esta patencia se da la fusión del individuo con la naturaleza. Se realiza por dos cauces formales, la rima y el ritmo, y en un asentamiento puntual de percepción amorosa. Con ésta sucede lo mismo que con el lenguaje. Existen dos vías de comunicación y otras dos de percepción. Al lenguaje instrumental corresponde el *organum* de la lógica y el significado habitual de la palabra. Al poético, en cambio, le asigna Valle la esencia musical de las emociones y el sentido suprahumano de la existencia. Uno no puede darse sin el otro, pero aquél, el instrumental, fruto de los sentidos, no es causa proporcionada del segundo, el poético, pues éste yace en lo más profundo de nosotros mismos. «Sólo podemos comprender aquellos que tiene sus larvas en nuestra conciencia, y que va con nosotros desde que nacemos hasta que morimos (...). Todo se halla desde siempre en nosotros, y lo único que conseguimos es ignorarnos menos».

El innatismo de Valle mezcla las sombras de Platón, la luz gradual de Plotino, las «razones seminales» de los estoicos y San Agustín, así como la mónada de Leibniz. Las palabras son «espejos mágicos donde se evocan todas las imágenes del mundo».

Los instrumentos, la mecánica misma del tiempo son útiles y operaciones conducentes a la manifestación de la individualidad. Cuanto más descubre el hombre, más se descubre. Y conociéndose, el hombre conoce lo eterno.

La música de Valle despierta, como la de Fray Luis, el deseo de lo divino.

El conocimiento normativo es también utilitario. Para alcanzar el suprasentido, debemos superar la etapa previa: sobreponerse al útil. «Solamente cuando nuestra conciencia deduce un goce ajeno a toda razón de utilidad temporal, comenzamos a entrever el significado místico de la onda, del cristal, de la estrella». Los objetos ocultan sonoridades aún no oídas, transparencias opacas al sentido. En la contemplación se produce el salto de lo fugitivo a lo inmóvil, de la apariencia a la esencia. El cambio es atributo del tiempo. Si descubrimos una instancia del presente continuo, las flechas de Zenón se moverán siempre en la misma unidad de espacio y tiempo. La memoria es el ámbito acrónico de la conciencia, donde todo se mueve sin cambiar realmente de sitio. Valle descubre la conciencia trascendental por epojé de espacio y tiempo puntuales. Es el lugar de la intuición o instante amoroso. En él se anulan las contraposiciones del sentido y del significado temporal.

Advirtamos que tal conciencia es reducto subyacente de operaciones larvadas. Se desarrolla en el decurso de sus actos y los explicita asistiendo al despliegue de los embriones que la descubren. Hasta tal punto es esto así que Valle observa en la pa-

labra una formalidad del pensamiento, como Vygotsky. «Las palabras imponen normas al pensamiento, lo encadenan, lo guían y le muestran caminos imprevistos, al modo de la rima». Y esto sucede de doble manera: en cuanto que la palabra es creación comunitaria, contra la que lucha el poeta para obtener lo individual, y en cuanto tono o voz propia. La matriz del embrión conforma a medida que se forma o, con palabras de J.A. Valente, deducidas de otras análogas de María Zambrano, «la forma reingresa perpetuamente en la formación». Es *logos espermaticós*, concepto sobre el que incide Valle. Por eso notamos en la conciencia un despliegue incesante que, a pesar de todo, no se opone al atributo de su inmovilidad. El cambio se autorrefiere en la panorámica del verse cambiante. Movimiento y quietud coincide en el punto del presente amoroso. El instante traduce eternidad. En el pasado están las semillas del futuro. En el amor del Padre, la transferencia del Hijo. Y en la acción del Verbo, la voluntad paterna o Paracleto.

La imagen de esta unidad se da en el lenguaje a través del ritmo y de la rima. El verso resalta la emoción al margen del significado. Conjunta la esencia ideológica y la musical. Al repetirse en unidades tonales, surge en la simetría así engendrada el halo de la comunión entre las partes. El ritmo remite también a un punto del tiempo. Es imagen interna del éxtasis, recuerdo de lo que fue y embrión del porvenir. Se constituye por un juego de protensiones e intensiones, como dice el poeta francés J. Garelli. Para Valle, en el significado del ritmo se produce el aniquilamiento del «significado ideológico de las palabras». A través de él despierta lo inefable y oculto.

La rima acota también en un instante perceptivo la emoción temporal: «Hace una suma, y si no logra anular el tiempo, lo encierra y lo aquilata en el instante de una palabra, de una sílaba, de un sonido». Respecto del presente de lectura —rasgo lineal del lenguaje—, el verso que ahora leo —presente— profundiza el significado del anterior «vida pasada» y origina uno nuevo «más profundo».

Valle encuentra en la consonancia rítmica, como A. Machado, un emblema del tiempo. No es novedad suya. Pertenece a los pitagóricos. La remueven Schopenhauer y Nietzsche. Como éste, Valle y A. Machado establecen una distinción entre concepto, «obra de todas las palabras», según el escritor gallego, y la emoción, que vibra en la «simetría de (las) letras». Si en vez de letras leemos fonemas, no estamos lejos de las unidades fónico-semánticas de R. Jakobson.

Concedemos importancia a esta distinción por el hecho de recalcar la diferencia entre el discurso utilitario y el lírico. Aquél se apoya en lo diferencial lingüístico. Tiene por base lo opositivo dentro de lo común. Sin embargo, el poético se apoya en lo común de las diferencias. La paradoja es aún mayor si consideramos que esta comunidad rítmica abre lo irrepetible de cada uno, el «sentimiento de responsabilidad» antes aludido.

Vemos en este contraste una separación neta entre el modernismo y el hoy denominado postmodernismo. Los filósofos de este movimiento, Lyotard, Deleuze, Derrida, Virilio, acentúan el efecto diferencial y la ruptura de las correspondencias tal como las había representado, por ejemplo, Swedenborg, el padre de los simbolistas.

En Valle, lo diferente es atributo de lo connotado. La figura del conocimiento, correlato del lenguaje, la ciframos en un círculo cuyo centro está dominado por un punto de luz, el instante, de donde irradian las connotaciones expansivas. Lo diferente se explana por relación al centro, que lo es siempre de amor. Coincide con la imagen emotiva, a cuyo alrededor se extiende un círculo de sombra. De este halo participan los seres: «toda acción de belleza es un centro de amor que engendra los infinitos círculos de la esfera». Pero en ese círculo de sombra también está implicado el lector: «Y el poeta ha de esperar siempre en un día lejano donde su verso enigmático sea como diamante de luz para otras almas cuyos sentimientos y emociones sólo ha sido precursor».

Ese círculo explica la unidad de conciencia. Valle lo compara con el ojo del águila, en cuya quietud de vuelo se aquieta el tiempo. «Todas las imágenes del mundo son impercederas y sólo es mudable nuestra ordenación de las unas con las otras». La distancia al punto de luz denotado mide la esencia del tiempo. Así sucede con la variedad de significados o relaciones entre sombras del halo que evocan, por efecto musical, la luz del centro.

Compárese ahora este juego de luz y sombras con los conjuntos sémicos de una isotopía. ¿No son los sememas o archisememas puntos de luz, centro u ojos de águila respecto de semas y sememas?

La memoria es espacio de recuerdos destemporalizados. El tiempo sólo traduce relación de perspectivas. Espacio y tiempo «se corresponden como valores» en «El Quietismo Estético». Es aquí donde Valle recurre al ojo del águila. En la conciencia, espacio y tiempo se implican. En los sentidos, no. Las sensaciones reflejan lo vario y móvil, pero, en la conciencia, lo que se mueve lo hace en el mismo espacio constitutivo del movimiento.

Aunque vimos cómo las palabras abrían el círculo luminoso, de hecho se trata más bien de la eterna falta de luz que poseen o que evocan. Las palabras están en función de las imágenes. Las mendigan: «eternidades de luz, sólo dejan en la palabra la eternidad de su sombra, un rasgo cronológico de aquello que los ojos contemplaron y aprendieron de una vez». Por eso les atribuye más fecundidad que a las formas naturales, en plena aplicación platónica. «Están más llenas del secreto de vida que buscaba en la forma sensible el divino Platón». Efecto de la luz era la consonancia rítmica; de la sombra, los diferentes moldes sintácticos y fónicos del discurso. Lo semejante en lo diferente y lo diferente en lo semejante. Wordsworth asigna a la «perception of similitude in dissimilitude» no sólo el origen del placer intelectual, sino incluso el del apetito sexual. Contemplación y sexo coinciden también en la praxis literaria de Valle como ejemplo de la unión místico-erótica de la conciencia.

Valle se fija también en el valor diacrónico de la palabra: el ser matriz y depósito de pasado. La palabra nos piensa. Contiene «el pasado de su gente» y cifra un paisaje, una manifestación del mundo.